

Recensiones

SAGRADA ESCRITURA

CHITTISTER, JOAN D., *La amistad femenina. La tradición oculta de la Biblia* (Sal Terrae, Santander 2007), 109p., ISBN: 978-84-293-1688-9.

En este librito confluyen tres factores: un profundo conocimiento de la realidad humana, en concreto de la condición femenina; una apuesta por el esfuerzo y la bondad de la buena gente y una irreprimible sensación de que por fin la amistad femenina está siendo reconocida y valorada. Los alcances que esconden sus poco más de cien páginas, nos presentan la amistad entre las mujeres, y por extensión entre los hombres, como «una fuerza política potencial para la preservación de valores que el mundo ha desdenado olímpicamente a favor de la dominación, la razón y el individualismo» (106). La amistad femenina, pese a la militante apuesta de su autora por el género, se fundamenta tanto en la experiencia que la humanidad entera ha tenido de la amistad como en el testimonio, a veces traído por los pelos, de un conjunto de figuras bíblicas, que ayudaron con su sabiduría (Débora), su respeto a la verdad (Marta), su solicitud (Ana la madre de María), su empatía (Verónica), su continua disponibilidad (Rut), su permanente gozo (Miriam la hermana de Moisés) y su imperecedera intimidad (María Magdalena) a hacer digna, solidaria y sagrada la amistad entre hombres y mujeres.—ALFREDO VERDOY, S.J.

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

PIÉ-NINOT, SALVADOR, *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana* (Ediciones Sígueme, Salamanca 2007), 669p., ISBN: 978-84-301-1619-5. Trad. it.: *Ecclesiologia. La sacramentalità della comunità cristiana* (Queriniana, Brescia 2008), 734p., ISBN: 978-88-399-0438-6.

El autor de este voluminoso estudio de eclesiología es de sobra conocido por sus publicaciones anteriores y, de manera especial, por su *Teología fundamental* (2001),

en cuyo marco ya había desplegado una amplia reflexión sobre cuestiones eclesiológicas desde una perspectiva fundamental (cap.IV: «La Iglesia: la credibilidad basada en el testimonio», p.471-660, según la cuarta edición renovada del año 2001). Algunos de sus puntos de vista también habían quedado anticipados en otras monografías breves, como la *Introducción a la eclesiología* (original italiano, 1994; versión castellana, 1995), o *Creer en la Iglesia* (2002). A estos libros habría que añadir, aparte de un buen número de artículos publicados en revistas especializadas y de divulgación, sus importantes colaboraciones en el *Diccionario de Teología fundamental* (1992) y en el *Diccionario de Eclesiología* (2001) junto con C. O'Donnell. Sirvan estas observaciones introductorias de carácter bibliográfico para subrayar que estamos ante una obra madura, muy pensada, que recoge el fruto del trabajo docente e investigador que S. Pié-Ninot ha venido realizando en la Facultad de Teología de Cataluña y en la Universidad Gregoriana de Roma durante largos años.

Su postura eclesiológica, ya analizada previamente y sintetizada en la tesis de J. Plannellas Barnosell (*La recepción del Vaticano II en los manuales de eclesiología españoles. I. Riudor, J. Collantes, M.M. Garijo-Guembe, S. Pié-Ninot, E. Bueno*, Roma 2004), había quedado subsumida bajo el impulso de la noción de Iglesia-sacramento, que aparece ahora destacada en el subtítulo de este libro que habría que catalogar de manual enciclopédico. Lo es, tanto por la erudición de los temas tratados, como por las abundantes «notas» explicativas que acompañan a los capítulos y por las continuas referencias bibliográficas que serán de gran ayuda para el estudioso y especialista. La presente eclesiología, sin duda un verdadero acontecimiento editorial en el panorama hispano, aspira —según la confesión del propio autor en el prólogo (p.16-17)— a ofrecer «elementos de profundización para una reflexión teológica y académica pertinente, pero también aportar elementos para revitalizar pastoralmente la vida eclesial concreta».

En una obra voluminosa como ésta es muy importante la presentación lógica del conjunto y, más en particular, su orientación específica con esa voluntad de centrarse en la *sacramentalidad de la comunidad cristiana*. El Prólogo (9-20) explica la opción de fondo a favor de la categoría *sacramento* como eje medular, reconociendo al mismo tiempo el significado transversal que recae sobre la idea de *comunión*, una importante dimensión que deberá ser expresada en estructuras intraeclesiales de *sinodalidad*: corresponsabilidad laical en la vida de la Iglesia, cooperación presbiteral con los obispos, colegialidad entre los obispos y el obispo de Roma. La categoría de sacramento debe servir también para esclarecer la misión de la Iglesia y su diaconía en el mundo. Por eso, las páginas de la Introducción General (23-98) están dedicadas a revalidar, desde la historia del tratado separado sobre la Iglesia, esta opción por una eclesiología sacramental de comunión. De la misma manera, la Primera Parte que está dedicada a la *fundamentación de la Iglesia* (101-210), tras analizar la relación entre Jesús de Nazaret y la Iglesia y exponer algunos conceptos fundamentales de la Iglesia (pueblo de Dios, cuerpo de Cristo, comunión, tradición viviente), desemboca en una reflexión sobre la *sacramentalidad* como principio hermenéutico de la eclesiología. Enseñada diremos una palabra de cada una de estas dos secciones. Pero antes que nada conviene volver la vista al prólogo, donde el autor nos explica el uso que ya en otras ocasiones había hecho de la noción de sacramento, siguiendo la caracterización de la gran escolástica en sus tres dimensiones, y que ahora le sirven para estructurar la Segunda Parte de su eclesiología, la más amplia (217-598): la realidad teológica última

(*res tantum*), es decir, la Iglesia como *filiación* y *fraternidad* en Cristo; el signo interno (*res et sacramentum*), o la Iglesia como *comunidad*; el signo externo de la Iglesia (*sacramentum tantum*), o la Iglesia como *sociedad*. En suma: estamos ante una ecle-siología construida a partir de las directrices del Concilio Vaticano II, que se ha toma-do muy en serio las indicaciones vertidas en OT 16, de modo que, inscrito en el cora-zón de los estudios teológicos, el misterio de la Iglesia ha de ser iluminado desde la constitución dogmática *Lumen gentium*. Es preocupación del autor alcanzar, en la estela del Aquinate, ese nivel de una «eclesiología teológica», una meta que se logra merced a esa original aplicación a la Iglesia de la triple dimensión del sacramento, que le permite desgranar con coherencia interna los capítulos fundamentales de una teología sistemática sobre la Iglesia.

La Introducción general pone de manifiesto lo que bien se podría llamar la doble fuente de la ecle-siología. Por un lado, efectivamente, la historia del tratado separado sobre la Iglesia registra, desde el siglo xiv, un tratamiento jurídico y apologético en el marco del género literario «de potestate papae / de potestate ecclesiastica», que ha sumi-nistrado el soporte teórico y doctrinal para una ecle-siología universalista y jurídica de la unidad que ha encontrado su realización histórica a lo largo del segundo milenio, alcanzando su paroxismo en la definición del primado de jurisdicción del Concilio Vati-cano I. Por otro lado, existe un tratamiento sacramental y místico de la Iglesia que se correspondería al despliegue vital del primer milenio en la forma de la ecle-siología de la comunión, ya desde su origen patrístico-medieval (Ignacio de Antioquia, Cipria-no de Cartago, S. Agustín). S. Pié-Ninot piensa que una ecle-siología construida sobre los fundamentos del Vaticano II debe rescatar como eje vertebrador la noción de *sacra-mento*, acuñada por los Padres, relanzada por los teólogos de la primera mitad del siglo xx, y usada expresamente en los textos conciliares. Desde su lectura esencial de las cuatro constituciones conciliares se impone asimismo esa vía teológica del trata-miento sacramental del misterio de la Iglesia; por otro lado, parece que el concilio Vati-cano II no ha conseguido una síntesis entre esas dos dimensiones constantes de la vida eclesial, la *sociedad* estructurada jurídicamente y la *comunidad* de los creyentes y de las Iglesias locales, una tensión que se manifiesta de manera especial en la cuestión decisiva de la «comunión jerárquica», es decir, la relación entre primado y episco-pado, pero afirma con el cardenal Kasper que el Vaticano II, más allá del debate por su interpretación, ha dejado fijados los «datos angulares» para seguir trabajando (p.90).

La Primera Parte desarrolla en tres capítulos la fundamentación de la Iglesia. El primero, que lleva por título «La Iglesia radicada en Jesús» (101-133), toca el proble-ma de la fundación de la Iglesia por el Jesús histórico. Retoma y prolonga los datos sustantivos que el autor había presentado en su *Introducción a la ecle-siología* y en la parte correspondiente de su *Teología fundamental*. También en aquella obra previa había dedicado una sección importante a los conceptos fundamentales de la Iglesia, o, a los «nombres de la Iglesia», según el libro, *Creer en la Iglesia*. Aquí se pasa revis-ta al sustantivo y a algunas de sus adjetivaciones (católica, universal), a algunas cues-tiones del debate moderno y a los títulos escriturísticos clásicos, como pueblo de Dios, cuerpo de Cristo y comunión, a los que se añade el de «tradición viviente», un nom-bre importado desde la constitución *Dei Verbum* (135-174). Lo más novedoso, res-pecto a la reflexión anterior de S. Pié-Ninot, radica en el capítulo tercero, que versa sobre la sacramentalidad como principio hermenéutico de la ecle-siología (175-210).

Ya hemos indicado que esta eclesiología es una «eclesiología teológica» que se sustenta sobre la aplicación a la Iglesia de la teoría sacramental clásica: la realidad teológica y última de la Iglesia es la *filiación* y la *fraternidad* (*res tantum*); esta dimensión ontológica de la Iglesia se visibiliza de doble manera, como un *signo* en estas dos dimensiones: el signo eclesial interior, de naturaleza meta-empírica, que la constituye como *comunidad de fe, esperanza y amor* perceptible con los ojos de la fe (*res et sacramentum*), y el signo eclesial exterior, esto es, la Iglesia constituida y organizada como una *sociedad*, es decir, como fenómeno social perceptible a todos (*sacramentum tantum*). Podríamos decir que esta intuición, que va a servir para estructurar de forma sistemática los temas propios de la reflexión eclesiológica, funciona como la «fórmula eclesiológica breve», y cuyo contenido último ha nacido de la lectura honda de dos pasajes capitales de la constitución dogmática sobre la Iglesia: por un lado, que la Iglesia es signo e instrumento de la íntima unidad de la humanidad con Dios y del género humano entre sí (LG 1); por otro, que la Iglesia es una realidad sacramental compleja donde se aúnan la comunidad de fe, esperanza y amor y la sociedad visible (LG 8).

Así las cosas, la Segunda Parte del libro está conformada por tres bloques o apartados de desigual amplitud. El primero, y más breve (217-255), obedece al título de «La Iglesia como filiación y fraternidad en Cristo»; en estas páginas se recorren una serie de temas de gran vuelo teológico: la noción de «Iglesia desde Abel» (LG 2), como expresión de la convocatoria salvífica universal desde la creación; la Iglesia, como «germen e inicio del reino de Dios» (LG 5); la «eclesiología teológica» de Tomás de Aquino; la pregunta acerca del porqué de la Iglesia y de su visibilidad. La conclusión de toda esta sección es la condición misionera de la Iglesia.

El segundo apartado, «La Iglesia como comunidad», es la más amplia del libro (257-548). En ella el lector encontrará, aparte de profundas intuiciones, un excelente *status quaestionis* respecto a los capítulos imprescindibles y más característicos de un manual o ensayo de teología de la Iglesia. En primer lugar, se aborda la pertenencia a la Iglesia, con una interpretación sugerente de la sección LG II, 13-17, donde hay que resaltar las implicaciones pastorales de las distintas formas de implicación eclesial. El segundo capítulo atiende a las llamadas «condiciones» o formas de vida en la Iglesia; es la ocasión para proponer el modo de articulación eclesiológica del laicado, del ministerio pastoral y de la vida consagrada; buena parte de esta sección está dedicada a la teología del laicado y a la situación de *impasse* por la que atraviesa (p.306). El capítulo tercero está dedicado al tema de la Iglesia local, un asunto teológico de primera magnitud en el tiempo posconciliar. El capítulo cuarto y quinto abordan sucesivamente los aspectos fundamentales que plantean el episcopado y el primado dentro de la comunión eclesial. Merece la pena destacar la erudición y clarividencia con que el autor aborda la teología del primado papal en su elaboración histórica, así como la revisión del ministerio petrino a instancias de la encíclica *Ut unum sint* (1995) de Juan Pablo II.

El tercer apartado, «La Iglesia como sociedad» (549-598), se ocupa del aspecto exterior visible de la Iglesia sacramento, es decir, del resultado de ese gran proceso socio-histórico de institucionalización siempre inacabado, puesto que la «Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones que pertenecen a este tiempo la imagen de este mundo que pasa» (LG 48). El tercer apartado de esta eclesiología se abre

con la constatación del carácter fuertemente jurídico que desde el siglo XI afecta a la noción de Iglesia e indaga la emergencia y la crisis del concepto de Iglesia sociedad, con sus implicaciones en el Código de Derecho Canónico. Las reflexiones siguientes están dedicadas a un tema sobre el que ya había reflexionado S. Pié, la sinodalidad eclesial (1993), como dimensión operativa de la comunión eclesial. En el último capítulo, previo a la conclusión final sobre «la paradoja que envuelve el misterio de la Iglesia» (Henri de Lubac), este manual de eclesiología introduce de nuevo el tema de la misión y de la diaconía de la Iglesia en el mundo. Aquí se recupera la dimensión de la Iglesia, sacramento universal de salvación, tal y como fue desarrollada desde la constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo de hoy.

Este libro ha de ser colocado junto a otras síntesis recientes que han visto la luz en el tiempo posconciliar, como *La Iglesia*, de M. Kehl, o el *Trattato sulla Chiesa*, de S. Dianich-S. Noceti. Para concluir hemos de resaltar la coherencia interna del planteamiento que permite además hacer un recorrido por las cuestiones eclesiales y eclesiológicas más candentes, dejando constancia de sus opciones intelectuales en los diversos ámbitos de problemática: cooriginariedad de la Iglesia universal y de las Iglesias locales, elección de los obispos, papel del laicado, ordenación de la mujer, etc. De fondo se sitúa su preocupación hacia aquellas posturas que implican una recaída en el binomio orden-jurisdicción, una pareja de conceptos en la que cristalizan algunas de las tensiones más características de la problemática eclesial. Advierte, por otro lado, de la instauración de un modo de pensar las relaciones entre la Iglesia universal y las Iglesias locales a partir de documentos magisteriales posconciliares, como *Communio notio*, *Apostolos suos*, *Pastores gregis*, que viene siendo objeto de debate y que implica por cierto toda una visión del episcopado. Efectivamente, con esta atención permanente a la realidad eclesial y a la elaboración refleja de esa realidad el autor logra con creces el objetivo que se había marcado: ofrecer elementos de profundización para una reflexión teológica y académica pertinente, que coadyuven a la revitalización pastoral de la vida eclesial concreta.—S. MADRIGAL.

TEOLOGÍA PRÁCTICA

AGUIRRE SALA, JORGE F., *Hermenéutica ética de la pasión* (Sígueme, Salamanca 2006), 174p., ISBN: 978-84-301-1576-1.

Lejos de ser un ejercicio meramente teórico y abstraído de la vida, la filosofía ha tenido siempre, en su impulso original, la voluntad de convertirse en modo de vida. La filosofía es búsqueda de la verdad para vivir conforme a la misma, fundándose en la firme convicción de que vivir en la verdad es la auténtica clave para la plenitud y la felicidad. Cabría decir pues, que la filosofía tiene una vocación, terapéutica. Esta vocación perdió con el tiempo algo de su vigencia, para transformarse en un ejercicio mera-